

A lo lejos, escucháronse las carcajadas de Lena, confundidas con la voz dulzona y un tanto cascada de doña Pepa.

VII

Cayó el telón en medio de una tempestad de silbidos.

En las lunetas, una muchedumbre heterogénea, compuesta de señoritos de levita y sombrero hongo; de comerciantes al por menor, con el traje grasiento, oloroso á mercaderías; de obreros de manchada blusa y curtidas manos, aullaba, hundiendo el desigual piso á bastonazos, con la garganta deshecha á fuerza de gritos, descompuesta la faz por sorda rabia.

—¡Al foso! ¡Al foso!

—¡La bella Clara! ¡Ja, ja!

La hez mal oliente y andrajosa conmovía el ahumado recinto con vociferaciones roncadas. De la obscura galería, apestada con los hálitos del alcohol y del pulque, el sudor que empapaba los pingajos de la turba amontonada, la mugre humedecida sobre los cuerpos trémulos, brotaba un mugido discordante, ruidoso, que al unirse con el que de abajo ascendía, atronaba los ámbitos cual tempestad desencadenada. — Un señor panzudo, de limpsimos lentes montados con petulante gallardía sobre la nariz, exclamaba, de pie, junto á uno de los palcos:

—¡Caballeros, eso no puede soportarsel Entiendo que....

Pero no pudo continuar. Un chillido agudo, metálico, le interrumpió. Volvióse airado hacia el sitio de donde el grito salía. Una prostituta joven, flor del vicio, pequeña, desgarbada, con el rostro arrebolado por el colorete, habíase subido en la butaca, agitando los brazos.

— ¡A la cárcel con ese Urizar!

— ¡Más inmoral que nosotros es él y la grandísima alcahueta de su madre!

Un oficial de gendarmes, de plateados galones y barba hirsuta, lanzóse sobre ella,

procurando abrirse paso por entre la aglomeración. Sudoroso, con la trigüeña cara alterada por la cólera, en vano pretendía salvar la distancia que de su presa le separaba. A empellones, á codazo limpio, jurando como un carretero, logró llegar hasta donde la chica le había esperado, riendo; y grande fué su pasmo al hallarse con la luneta vacía. Allá, entre un mar de cabezas, muy cerca de la puerta de salida, vislumbró una carita ajada y burlesca, que le guiñaba los ojos.

—¡Cójala!

Los gendarmes, en poquísimo número, procuraron obedecer el mandato de su jefe. Empeño inútil. Eran impotentes para atrapar aquel cuerpecillo flácido que se deshacía en carcajadas ruidosas, perdido en el maremagnum.

—¡Orden, señores!

—¡Uy, nos amenaza!

—¡Caracoles, me revientan!

—Luis, ¿traes á la niña?... ¿No?... ¡Cómo! Mi hija se ha perdido.... ¡Mi hija, mi hija!... ¡Señores, por Dios!...

Y el estrépito continuaba, atronador, incansante, á veces acallado por segundos, cuando la fatiga oprimía á la multitud; arreciando otras, cual si nuevas energías cobraran

manos y pechos.—Palidecían los foquillos, envueltos en densa nube de polvo, esparciendo reflejos débiles en la atmósfera saturada del humo del tabaco y de las emanaciones fuertes de los organismos vibrantes, arrastrados por la ola avasalladora del escándalo. Algunos tramos de la barandilla de galería fueron desprendidos, cayendo con estrépito en el patio, seguidos del crujir de tablas y de las palabrotas que salían á borbotones de los labios hinchados. En la orquesta, el maestro permanecía anonadado, batuta en mano, ante la partitura. Había en su rostro flaco una expresión de timidez y de espanto; temblaban sus pobres miembros; todo su cuerpecillo escuálido, revelador del hambre, doblegábase, en tanto que los músicos, unos de pie, sentados otros, metían con presteza en sus estuches los emmohecidos latones, las viejas cañas y los chirriantes arcos. Por las aberturas del telón pintarrajeado, asomaban semblantes en los cuales se descubría la ansiedad y el azoro. Escuchábase el corretear de histriones y empleados, el acompasado golpe del martillo de los maquinistas, exclamaciones é injurias. —En la puerta, obstruída por apretada masa humana, sollozaban los niños, pedían mi-

sericordia las mujeres, y menudeaban moji-
cones y cachetes. Y por encima de todo,
sobre los millares de cabezas erguidas, dis-
tinguíase, semejante á muda personificación
del terror, la figura enclenque del maestro,
que aún conservaba la batuta en la mano, y
miraba suplicante, como implorando tran-
quilidad y calma.

De pronto, surgieron dos gritos simul-
táneos, robustos, estridentes, que más que
por su fuerza misma, sorprendieron á los
espectadores por el atrevimiento que acusa-
ban.

—¡Viva Urizar! ¡Bravo! ¡Arriba el telón!

Los rostros, suspensos, inmóviles por la
sorpresa, volvíanse hacia la primera fila de
lunetas, en donde un mocetón alto, de pelo
castaño, larga nariz, ojos grises y bigotillo
presuntuoso, hundía el pavimento á basto-
nazos y se mesaba los cabellos, desgañitán-
dose. Mas los que le vieran extrañados, no
tardaron en ceder á la cólera: sordo rumor
oyóse, que, partiendo de los burgueses que
permanecían á un paso de la orquesta, inva-
dió la sala, llenándolo todo con un murmu-
llo de abejas. Los focos, brillantes por un
momento, al desvanecerse la nube de polvo
que les rodeaba, tornaron á nublarse; el

maestro hizo una mueca de enojo y deses-
peración; el señor de abultado vientre aulló,
con expresión feroz, erizados los cerdosos
pelos de la barba.

Al percatarse de que la tempestad se des-
encadenaba de nuevo, el mozo de los ojos
grises redobló sus gritos y manifestaciones
de aprobación.

—¡Viva Urizar! ¡Viva la obra!

—¡Fuera esel

—¡Viva el poeta!

Y el muchacho, entregado ya en cuerpo y
alma á su entusiasmo, accionaba, destruía
la seriedad de su rostro con gesticulaciones
grotescas, y con mano temblona aporreaba
el piso con el bastón.

—Señor Conti...—decía un viejecillo
de cara rugosa, cogiéndole por el brazo.—
Señor Conti, calma, calma... Aquí va á
suceder una cosa gorda...

—¡Nada importa! Es preciso salvarles
aplauda usted, señor Carrizales... Aplauda
usted... ¡Olé por Clara Ruiz! ¡Bien por
Arsenio Urizar! ¡Arriba el telón! ¡Diana,
maestro! ¡Diana!

El periodista rugía, enarcando su delgado
talle. Carrizales, alentado por el ejemplo,
daba rienda suelta á su vocecilla femenil y

almibarada; palmoteaba con todas sus fuerzas, arrojando con desdén el *plaid* en que poco antes se arrebujaba. En la galería, entre la muchedumbre ennegrecida por el polvo, Conti veía á su amigo Alberto, inclinado soberbiamente sobre el antepecho, con la cara roja, brouco el acento. Más allá, escondida en oscuro rinconcillo, divisó á doña Manuela, envuelta en su chal verdioso, charlando con la portera del caserón de la calle de San Juan de Dios. En el fondo, confundido con la turba, hallábase don Hilario, el tío cazurro incapaz de gastarse una peseta en la taquilla.—Recorrió los ámbitos del teatrillo en busca de rostros amigos. Les había encontrado; ahora, ¡á triunfar! ¡Ah, imbéciles, buena páliza les esperaba en las columnas de *La Aurora*! Ya les compondría él, para que en otra ocasión no reventasen á sus camaradas. Y con entusiasmo ferviente hubo de proseguir en su tarea, patalendo, beareando, manoteando, sudoso, irritado, febril.

Al fin, Esteban Conti sonrió satisfecho. Ya la victoria era suya. La semilla de la simpatía, sembrada á manos llenas, daba el sazonado fruto. A pesar de las rudas protestas de buena parte del público, habíase iniciado un movimiento de reacción.

El teatracho trepidaba. Una aclamación continua, cada vez más llena, estalló:

—¡El autor! ¡El autor!

—¡Arriba el telón!

Alzado que fué éste, en medio de aplausos frenéticos, estallaron algunas risas, al ver que varios maquinistas y dos robustos bomberos, huían discretamente, ocultándose tras de los bastidores.

—¡El autor! ¡El autor!

Carrizales se desgañitaba; el señor de los lentes permanecía callado, furioso ante la derrota. La masa, oprimida, sofocada, delirante, pedía la presencia del autor en la escena vacía. El maestro, para rematar la victoria, sentóse de nuevo en la alta silla, tranquilo ya, casi sonriente, y manteniendo la batuta en alto, llamó la atención de sus bohemios subordinados.

Cuando la *diana* dejóse oír, la aclamación se hizo frenética, impidiendo que se escucharan hasta las desafinadas notas del cornetín. Agitábase el director como energúmeno, cual si deseara imprimir formidables bríos con los balanceos de su cuerpo, á la ramplona pieza con que el público mexicano obsequia á sus artistas.

Pasaron cinco minutos.

Ya la incertidumbre comenzaba á apoderarse de los ánimos. Conti murmuraba al oído del señor Carrizales, no sabiendo cómo explicar tan inoportuna tardanza. Arriba, en la galería ensombrecida por el polvo, el mismo Alberto hubo de enmudecer, extrañado de la ausencia de Clarita en la escena. De pronto, en el instante en que se produjera momentáneo silencio, silencio preñado de amenazas, Arsenio Urizar apareció en el foro. Tornaron los aplausos; el maestro partió en dos la gruesa batuta, con arranque tremendo; Conti, alegre, entusiasmado, volvió á palmotear, á empujar bestialmente hacia el éxito ruidoso, á la turba que le rodeara. Pero las manos cesaron de aplaudir; anubláronse los rostros; y una mirada de los dos centenares de seres allí reunidos, se clavó en la escena, donde acaecía algo no previsto:—El poeta, firme en sus planes, negábase á dar un paso. El tenor, un mozallete de cara de aguilucho y ojos irritados, y la debutante, Clara Ruiz, «la bella Clara,» como rezaban los carteles, hacían esfuerzos sobrehumanos para obligarle al avance. Aterrados, le suplicaban, le rogaban. Y Arsenio Urizar, fastidiado por último, al sentir el peso de las miradas de odio de la nueva

tiple, se decidió, y erguido, altivo, mirando con desprecio á la muchedumbre, adelantóse hacia las baterías. El tenor, de traje arlequinesco; la Ruiz, trémula, con los negros ojos atemorizados, le siguieron.

Reclamó silencio con una mueca. Algunas palmadas débiles, medrosas, sonaron en el recinto; y amenazante mutismo siguió, al callar la orquesta. Entonces, confundiendo con el polvillo flotante que cubría los focos á manera de tenue gasa, resonó en el salón un grito penetrante, un verdadero chillido que en su misma agudez dejaba adivinar encono. Y fulguraron las pupilas al oír que el novel autor exclamaba:

—¡Zopencos! Imbéciles!

Nunca en el *Teatro María Guerrero* vióse mayor escándalo. La muchacha y el tenor permanecían como clavados en el suelo, mirando, con las pupilas dilatadas. Ella envolvió al público en que cifrara su bienestar futuro, su ansia de nombre, en una mirada amplia, muy larga, en que el aborrecimiento y el miedo se confundían. Era la caída inevitable, una ilusión muy grande que se disipaba en el ambiente infecto de aquel teatrúcho, á los pies del poeta fracasado que aun estaba allí, sin retroceder, ob-

servando la baránda, ligeramente pálido. Y al bajar los ojos, al ver el escote que dejaba asomar el nacimiento de los senos de una blancura lechosa; las piernas apenas cubiertas por la sutil malla, piernas regordetas, provocativas; el talle gracioso, las caderas ondulantes, dudó del poderío de la carne. Pero su amargura fué más grande cuando escuchó los insultos soeces de la turba.

—¡Fuera esa belleza falsificada!

—¡Abajol

—¡Muera el poetastro!

Prodújose un tumulto en la puerta de entrada. Era la policía que, advertida de antemano, llegaba, rodeando á la muchedumbre. El temor se apoderó de la gente. Agolpábanse, pretendiendo salir primero, huír. Gritos de niños, ayes de hembras, juramentos de hombretones, se mezclaban en confuso murmullo, apagando casi las vociferaciones que todavía partían de las localidades altas. En el foro, oculto ya por el telón, se dejaban oír pasos apresurados, martillazos, gemir de poleas. Los atriles caían en montón con metálico ruido, empujados por los filarmónicos que también huían, temiendo verse comprometidos. En el límite del palco es-

cénico, ante la batería apagada, destacábase, sola, escueta, la figura del maestro, que contemplaba el atropellamiento con ojos estúpidos, sin comprender. La sombra había invadido los rincones. En la obscuridad se columbraban los alambres incandescentes de los foquillos rotos, cual manchas rojas, de un rojo de sangre. Los espectadores desfiliaban, pateando, en medio del sordo musical.

En el pasillo, Esteban Conti encontró á Linares del brazo de Antoñita. Lena permanecía tras ellos, irritada, con el rostro moreno ensombrecido por el disgusto.

—Pero, hombre,—exclamó Eugenio,—dígame usted, ¿qué diablos pasa aquí?

Hacia un instante que entraran, presurosos, temiendo no alcanzar siquiera el final de la obra. Lena tenía la culpa. Empeñóse en estrenar esa noche el vestido azul, y Antoñita no pudo menos que sentarse á la máquina para terminarlo.

—¿Y todo para qué?—murmuraba la chiquilla con delicioso mohín.—Hemos venido para que esa chusma de léperos nos cierre el paso. ¡Ay, Conti, me causan asco!

El periodista insinuó un gesto de galante

asentimiento. Nadie mejor que él comprendía que á una señorita guapa la repugnasen los odiosos hombres del pueblo.

—¡Oh! usted se burla . . . ¿Guapa yo? Mire que me voy á enojar.

Y la pequeña Fernández le amenazó con el abanico:

—¡Encantadora! ¡Encantadora! —replicó el chico, aproximando la cara.—A ver, pegue usted . . . pegue usted . . .

—Pero, Lena, por Dios, no podrás estarte nunca quieta.

—Déjala, Antoñita, —dijo Linares que comenzaba á sentir un vago malestar ante las coqueterías de la moza.

A continuación, interrogó á su amigo sobre el éxito de la zarzuela de Urizar. Llegó á la hora del escándalo, y aunque nada había visto desde el vestíbulo, presintió el fracaso.

¿Qué cual fué el éxito? ¡Detestable! Ya él, con su olfato de periodista, hubo de pronosticarlo. No cabía en cerebro alguno que un público á quien se insultaba, aplaudiese. Arsenio, al escribir *Autores y espectadores*, propúsose lanzar un ataque en contra del «género chico,» que prostituía el teatro, poniendo de oro y azul á los que producían á des-

tajo tales obrejas y á los que tenían la paciencia de oírlas. Mas el ataque fué de tal manera brutal, que no hubo alma que lo resistiese. A través de la sátira, demasiado transparente, en que el sentido común, Loris, era pisoteado por el género chico, la cortesana Annuchka, ayudada por los autores, personificados en una figura simbólica, veíase el encono, el apasionamiento del poeta. Pero lo que dió remate al escándalo fué la escena aquella en que Annuchka, después de haber dejado al sentido común medio muerto, hubo de ser aclamada por la turba que representaba á los espectadores, en tanto que aquel gemía en tierra, murmurando:—«¡Ah, imbéciles, turba lujuriosa, os desprecio!»—No, decididamente, aquello constituía una tentativa sobrado peligrosa, que no se atrevería á imitar ni siquiera en las columnas de *La Aurora*.

Antoñita temblaba, y con su vocecilla triste interrogó al joven:

—¿De manera que la obra será retirada?

—¡Y el autor también, Antoñita! No saben ustedes lo mejor de la noche. Ese diablo de Arsenio insultó al público personalmente desde la escena.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted?

—¡Sí!... ¡Oh! tiene mucha gracia. Le ha llamado zopencos. Lo que se merecen....

Lena le interrumpió.—¿Y Clara? ¿Qué pasaba con Clara?

— ¡Ah! Clara.... La infeliz Annuchka, en vez de ser maltratada por el sentido común, sobre el que imprimiera su pequeño pie, lo fué por los mismísimos espectadores....

¡Carrera perdida! La pobre muchacha se ganaría más bien la vida vendiendo zanahorias que cantando *couplets*. Y lo decía con amargura, pensando que buena parte del fracaso á él le correspondía.

—¿Y Arsenio? Dígame usted dónde está. Quiero verle,—gritaba Linares.

—A eso voy.... Espérense ustedes.

Y ya el periodista corría por el sombrío pasillo, cuando la puerta negruzca del foro se abrió, dando paso al fracasado de *Autores y Espectadores*, á quien seguía un hombrecillo pequeño y débil que, balbuciente, casi llorando, decía al gendarme que á su lado iba:

—Pero, señor, si yo soy el autor de la música.... ¿Por qué me lleva? La música no ofende.... Respeto al público como á mi santa madre.... Ni siquiera me he presentado en escena.

El agente, un indígena de pobrísimo aspecto, cuya tez aventajaba en negrura al propio paño del uniforme, no respondía.

—¿Ya lo ve usted, Urizar?... Lo decía yo. Vamos á dormir en la cárcel, ¡en la cárcel, Dios mío!

—¡Vaya, hombre, es usted un maricón! Sígame. No habrán de fusilarnos.

Ylostres: el poeta erguido, lloroso el compositor, y gruñón el gendarme, avanzaron.

Antoñita y Lena permanecían sobrecogadas, llenas de susto ante desenlace tal, mientras que Esteban y Eugenio adelantáronse hacia Urizar.

—¡Ah! ¿Son ustedes? ¡Cuánto me alegro de verles!—murmuró, saludando en seguida á las señoritas, radiante, cual general victorioso. Y al observar la mirada triste de Antoñita, afirmó con sonoro acento de convicción:

—No sabe usted, mi simpática amiga, lo dichoso que soy. Marcho al calabozo, se entienda; pero, en cambio, qué paliza propiné á la horda, á esa horda estúpida de analfabetos. ¡Triunfará el arte en México!

Y, muy freseo, se despidió.

En el pórtico, Conti saludó por último á Fernández, que volvían á casa, del brazo

de Eugenio. Lena hubo de convencerse al fin de que no era oportuno ver á Clara Ruiz aquella noche. — ¡Su pobre amiga! ¡Cómo estaría la infeliz! — Trabajo costó á Antofita que adoptase resolución semejante. Ella adivinaba, tras de aquella puerta negra, un cúmulo de miserias; las miserias oprobiosas de las pobres chicas lanzadas á la exhibición de sus cuerpos desnudos; las miserias del montón de podredumbre que yacía allí, entre decoraciones y escombros. Y temerosa de poner ante los ojos inocentes de su hermana el espectáculo que adivinaba, la rogó hasta persuadirla de que se fueran.

Linares, algo intranquilo por la prisión del poeta, no obstante las seguridades que Conti le diese de la escasa importancia del asunto, echó á andar por las calles fangosas, en donde brillaban, lanzando reflejos opacos, las charcas formadas por la lluvia de la tarde. Y Esteban vió cómo se perdían en la sombra las siluetas de las chicas que se levantaban la falda hasta el tobillo para no mojarse.

Con aire de hastío encendía un cigarro, cuando una manaza rugosa y belluda le cogió por el hombro. Era el señor Pedregueiro, empresario del teatro, un hombretón

brutal, á quien fastidiaban los malos éxitos.

— ¡Eh, que dice usted del berengenal en que me ha metido su *Aurora*? Un fracaso artístico y pecuniario. ¡No, decididamente, ustedes los periodistas acabarán por arruinar á las empresas!

Estaba furioso. Le sacó de quicio el escándalo aquel en que perdía una tiple nueva y un decorado excelente. Habíase negado desde un principio á estrenar la obra; pero las insinuaciones del periodista, que pretendía imponer la zarzuela de su amigo, así como el *debut* de Clara Ruiz, le forzaron á transigir. — Conti, que entreveía en la entrada de la chica en el teatro, merced á su influencia, una futura entrega, tanto insistió, laboró de modo tan sagaz, que hubo de vencer al escrupuloso empresario. Y, como él decía, todo para nada: el pájaro volaría, sin duda.

— ¡Ah, eso sí, querido! Rompí el contrato hace un instante. ¡No quiero broncas!

Reconocía en Clara una figurita agradable, incitante. Su conocimiento del género le hacía prever en ella una fuente de explotación. Pero lo sucedido impulsábale á echarla á la calle cuanto antes.

—¿Es una decisión irrevocable?

—Sin duda. ¡Dios me libre de otra como la de hoy!

Quedaron un instante en silencio. Pedreguero mascullaba, nervioso, una colilla de puro, en tanto que Esteban sonreía preocupado. En la calle, una tranquilidad total substituía al tumulto de antes. Alguno que otro pilluelo corría anunciando con voz fatigada los diarios del día. Del cafetín abierto enfrente, salían á borbotones ruidos de disputas, chocar de copas, juramentos de borrachos y agudos chillidos de mujerzuelas. Conti creyó reconocer tras de los cristales del escaparate la silueta borrosa de Alberto.

Apagáronse los focos del vestíbulo; un empleado de cachucha mugrienta cerraba las puertas. Pedreguero, volviéndose, daba órdenes con brevedad, dejando traslucir su no extinguida cólera. Del interior del teatro, negra boca en la cual se veía el parpadeo lejano de una luz, salían los artistas:—Era la turba lamentable, el desfile de seres hastiados. Con el cansancio en el rostro, el cutis aun cubierto por el colorete, marchaban con presura. Los hombres, enfundados en raídos sacos, con los pantalones hasta el tobillo, corrían hacia la cantina cercana. Las

muchachas, envueltas en viejos chales de colores claros, pasaban junto al empresario, sonriéndole. Eran las pobres chicas inclinándose ante aquel devorador de carne joven; las infelices que ponían cara risueña á su propio corruptor, con el fin de prolongar la contrata.

Esteban Conti las veía pasar, mudas, respondiéndole apenas á los saludos de sus compañeros, en el doloroso quebrantamiento de su vida de eterno fingir. Algunas, muy pocas, cogíanse del brazo de los galancetes de dudosa traza que las esperaban en la acera. Otras, alejábanse á la desbandada por las calles, con paso tardo, semejantes á la bestia del placer demasiado cansada para esperar algo. Leves risas brotaban de sus labios marchitos, y hasta en aquellas risas diríase que palpitaba el tedio, un tedio invencible que las tornaba locas, harto ruidosas para ser sinceras.

—Con que, ¿está usted decidido á no ceder?—interrogó el periodista, que aún conservaba una débil esperanza de posesión, un capricho no extinguido de hacer suya á Clara.

—Completamente.

Y como el empresario viese vagar por los

labios del joven una extraña sonrisa, agregó, agitando las enormes manos:

—¿Pero no sabe usted, hombre, lo que pierdo esta noche? Sólo así me explico que usted insista. Supongo, no obstante, que no se empeñará en ello; *La Aurora* y yo somos excelentes amigos.

Después de madura reflexión, Esteban decidió callarse. ¿Valía la pena arriesgar la amistad y dineros de su moftetudo amigo, por la dudosa conquista de la Ruiz? No, verdaderamente.—Además, deseaba aparecer fiel á los ojos de Eloísa. ¡Qué demonio! El no insistía, no señor.—Que Pedreguero rechazase á Clara, era cosa que le dejaba tan fresco.

Brusco *fru-fru* de faldas le hizo volverse. En la mortecina claridad del vestíbulo, esparciendo suave aroma que se confundía con la bocanada de aire húmedo que exhalaba la sala, destacóse la figura arrogante de Clara Ruiz. Iba erguida, altiva, como si esa noche fuese la noche de su triunfo, y en vez de silbidos la hubiesen ofrendado rosas. En su rostro, un tanto lívido, percibíase un gesto de desdén; se contraían sus labios sensuales en una sonrisa de indiferencia; chispeaban sus ojos oscuros, aquellos ojos que

cantara Urizar en afectados sonetos, y que tan bien traducían la nodomeñada ambición, los anhelos de romper con la miseria, y elevarse á la existencia luminosa del oro. Había fracasado, pero sourefa; había oído la burla cruel de la horda ante su cuerpo desnudo, mas conservaba la religión de sus formas, la mística adoración que le inspirasen sus senos erectos, sus caderas de mujer hecha para el placer, sus piernas, en donde la imperfección de la línea estaba substituída por el estremecimiento ardoroso del cutis. Enfundada en un abriguito que por lo menos contaría tres inviernos, luciendo modestísima falda de lana azul, con un chal echado sobre la negra cabellera, bajó las gradas que conducían al vestíbulo, seguida de doña Silveria. La vieja, doblegada al peso de un bulto, con el aliento fatigado, mascullaba frases, en tanto que la soberbia moza pasaba ante el señor Pedreguero sin dignarse saludarle. El hombretón, habituado al agasajo de la farándula vestida de guiñapos, sufrió con la actitud de la chica que una hora antes entrase en el escenario, ávida de conquista hipnotizada por el dinero, y que ahora salía, pobre, sola, sin llevarse siquiera las antiguas ilusiones, los sueños de grandeza que

alimentara en el cuchitril obscuro. Compasivo, hubo de dar un paso hacia ella, deteniéndola con voz temblona.

—Clarita . . . Supongo que no se marchará usted disjutada. Rompimos el contrato, pero no importa. Seremos buenos amigos.

Bajo el foco que colgaba del techo, permanecía serla, con los labios apretados, estrujando entre sus finos dedos una punta del chal. La sonrisa de indiferencia que bañaba los labios, transformóse en sonrisa de odio. O liaba á aquel hombre, que, constituyendo la base de su porvenir, la dejó caer; que, poseyendo los medios que la allanaseu la florida senda, hacía una mueca fría, abandonándola á sus propias fuerzas.

—Amigos . . . ¡Psch!, para lo que usted sirve . . .

Y se fué como había entrado, firme, alta, mirando cara á cara al porvenir, sin inmutarse. Ni siquiera posó su mirada en la personita arrogante de Esteban. El redactor de *La Aurora*, al verla, sintió por ella cierta tristeza, una tristeza vaga, rarísima en su alma que lentamente se iba endureciendo en el transcurso de la cotidiana lucha. —Sí, pobre muchacha. Quizás él tuviera la culpa de su desengaño, puesto que,

convencido de su escasas dotes para el teatro, la había impulsado, franqueándole las puertas de aquel saloncillo de barrio, que poseía la humedad de las cuevas. Y todo con el propósito claro, definido, de hacerla suya algún día, de poseer aquel cuerpecito rebotante de malicia, virginal, de una virginidad amarga de chica prostituída.

Conti era un adorador de la mujer, no á la manera bestial de su amigo el poeta; no guiado por el deseo únicamente. Voluptuoso por temperamento, los móviles de su existencia, aún los más nimios, estaban animados de una refinada lascivia. Así, por ejemplo, en sus amores con Eloísa, la hija del empleadillo de Fomento, que tanto escándalo causaran en el vetusto caserón evocador de coloniales tiempos, no perseguía otro fin que el de que aquella chica, en el esplendor de sus treinta años, asfixiada por una última ráfaga de juventud, le conquistase, le sedujera lentamente, mimándole, arruinándose por él, que en el torbellino de la vida desenfundada de bohemio, encontrábase, á veces, sin un centavo. —¡Qué deleite recibir los besos de aquella mujer que se marchitaba, enardecida por caricias de una delicadeza etérea, sin entregarse nunca! La veía mirarle, im-

plorando, suplicarle casi, con muda y velada súplica, cual si el pudor, semejante al humo de su cigarro, se di-para en el cielo tormentoso de aquel cerebro agitado por el bullir incesante de las pasiones adormecidas. Era el grito supremo de su mocedad agonizante; el suspiro doloroso de su organismo plétórico de amor. — Y él, sin embargo, permanecía insensible, cual si aquella negativa continua le produjese una sensación de extremo deleite.

¡Extraña condición la suya! Al ver que Clara se fundía en las sombras, seguida de la vieja encorvada, pensó en la causa que le impulsara al asedio de ella, tan fría, tan pervertida, teniendo junto á sí una novia que se abrasaba de amor por él, que todo lo daría y lo sufriría todo, con tal de que apurase la copa en que el vinillo del deseo rebosaba, pronto á derramarse. — Pensativo, despidióse de Pedreguero, echando á andar, con las manos metidas en el bolsillo del gabán, en busca de su compañero Urizar, que sin duda meditaba en aquel instante en el interior de la Comisaría, en su triunfo espléndido, en aquel triunfo que, si no mataba á un género odioso, por lo menos constituía la protesta de los cultivadores del grande arte.

Entretanto, Clara Ruiz y su madre seguían la encharcada calle, cabizbajas, aplastadas por la catástrofe.

En el reloj de Santo Domingo sonaban las dos de la mañana. Fueron dos tañidos claros, argentinos, cuyas vibraciones se desvanecían en el temblor inquieto del aire. Todo ruido había cesado. Los rayos blancuzcos de la luz eléctrica, resbalaban perezosos sobre el asfalto. En las puertas de los *restaurants*, brillaban solitarios focos rojos. Percibíase el taconeo presuroso de los trasnochadores, que pasaban canturreando. Uno que otro símbolo, chirriando con sus muelles desvencijados, atronaba la calle.

Clara Ruiz vislumbró á lo lejos una luz que se agrandaba por instantes, mientras que sordo rumor iba acentuándose. Por su mente atravesó una idea rápida, fugaz, que fué, sin embargo, tardía, cuando intentó discutir-la. Un tren de Guadalupe, lanzado á toda velocidad, pasó á su lado, silbando, ensordecedor. Y ella vió desaparecer la lucecilla de color de sangre, que fulguraba en el carro de segunda, pensando que era demasiado cobarde para suicidarse.

—Anda, madre, que con los pasos que llevas, no llegaremos á casa en cuatro horas.

Doña Silveria gruñó, acelerando la marcha. ¿Tenía ella la culpa de que no tomaran un coche?

—Bien sabes que no hay dinero,—dijo la muchacha con acento triste.—Después de pagar á la modista, me quedé sin una peseta.

¡Y qué? Eso se lo tenía merecido ella, por despilfarrada. Que entraran al teatro las gentes de recursos, está bien; pero que fueran á hundirse allí los pobres, era una locura, sí señor, una locura. Y con voz aguardentosa censuró á su hija semejante disparate, sin acordarse de que había sido la que desarrolló tal propósito en la mente de ella. Clara se detuvo, reprimiendo irresistible impulso de ira. Se mordió los labios; y en tanto que sus ojos brillaban, murmuró:

—Madre, cállate, no me fastidies. Eres idiota...

No hablaron más. Siguieron su camino con la frente inclinada, calenturienta la faz por el insomnio. En el cielo, argentados resplandores de luna se filtraban por entre el amontonamiento de nubes negras. En el horizonte, en un claro de espacio, diminuta estrellita titilaba, como una dulce esperanza. ¡Ah, pero estaba tan lejana, tan

lejana!... —Torcieron por la calle de Tacuba. Las aceras se alargaban, anchas, interminables. Los postes alzábanse, de trecho en trecho, con una regularidad desesperante. La soledad parecía volver más aguda, más intensa, la angustia de Clara.— ¿Qué haría? Su existencia futura era una amenaza; no la restaba ya ninguna senda posible para llegar á donde se proponía. ¿Por ventura era capaz de condenarse eternamente á su actual miseria, á la lenta muerte de sus ambiciones, encarcelada en la viviendita pobrísima? No, nunca. Se rebelaba con solo pensarlo. Si para ser honrada fuese necesario el sacrificio, preferiría la deshonra, sí, el desdoro, pero con el boato, con la mollicie, con el lujo, con aquel delicioso «no hacer nada» de sus primeros años.

Bajo el pórtico sombrío del palacio edificado por Tolsa, vió á un gendarme que dormitaba, teniendo al lado la linterna. ¿No era aquel pobre ser, sacrificado á la vigilia, una representación de la existencia con honra? No, ella quería dormir, ella quería gozar, hundirse en largos años de dicha. Experimentó cierto alivio al columbrar las masas de follaje de la Alameda, recortando el cielo. Precipitóse, corriendo, sin percatarse

se de doña Silveria, que, gracias á sus esfuerzos, apenas si lograba darla alcance. — Atravesaron el patio. Reinaba allí el silencio y las sombras. Un gallo dormía en lo alto de la techumbre del lavadero, sacudiendo de vez en cuando el soberbio plumaje. Clara adivinó los ojos de la portera fijos en ella con avidez, cual si intentasen descubrir el suceso de la noche. Y allá á lo lejos, en el descansillo de la escalera, una luz discreta dejábase ver por entre los maderos entornados del ventanuco. La pobre tiple creyó vislumbrar una silueta, apenas iluminada por aquella luz. Era sin duda doña Manuela, rabiosa de curiosidad, que velaba aún, esperándola.

Entróse de prisa en el comedorcillo; se refugió en su cuarto, cerrando tras sí; arrojó luego el abrigo y el chal sobre la cama, y y atarazada por la pena, sentóse en el viejo sofá en que se recostara por las mañanas, cuando un rayito de sol, juguetón y alborotador, colábase por entre los visillos. — No lloró. Con el rostro escondido en las manos, palpitante el pecho, el cerebro abrasado por la fiebre, quedóse inmóvil, sin pensar, sin sentir nada, como si el peso de sus ambiciones desmoronadas la aplastase. La lampari-

lla de petróleo ardía en el tocador de cedro con gran luna biselada, único resto del antiguo fausto. La llama era trémula, parpadeante: envolvía el cuartito en una claridad amarillenta, desvanecida, como de crepúsculo otoñal. Sobre el mármol del mueble, veíanse los preparativos del *debut*: jabones de heliotropo, cajas de polvos, un blanco cepillo de dientes, y residuos de colorete. — Las litografías, clavadas en el muro, con sus muñecas rabias y sonrientes, parecían tristes. Habían perdido aquella alegría bohemia, que disimulaba la miseria de la pieza. Y en el rincón, un abanico japonés estaba á punto de caer, falto de sostén, como si las manos de su dueña se hallasen muy lejos.

Clara se puso en pie, al fin, con las pupilas enrojecidas, enmarañadas las negras guedejas. Titubeó un momento, cual si ignorase el partido que debería tomar; y, por último, disminuyendo la luz, desnudóse apresurada, cogió las sábanas, y se hundió entre las ropas del lecho.

Dormitó un instante. Revolvíase en medio de una soñación turbulenta, con los párpados entornados, vuelto el rostro hacia la pared que reflejaba los inciertos destellos de la lámpara. La cama chirriaba dolorosa-

mente, cual si no pudiese soportar aquel cuerpecillo rebelde, que, del dormitar agitado, pasara á la pesadilla.—Había de ser el suyo un sueño horrible, porque sus facciones se contraían y de sus labios brotaban débiles gemidos. Las ropas cayeron al suelo, y, por fin, incorporóse, espantada, sollozando.—Aun se estremecía al recuerdo de lo que soñara. ¡No, santo Dios, no era posible! ¡Ser pobre, tener ambiciones, y haber desaparecido su arma única de triunfo, su tesoro!...

Presurosa, arrojó la camisa que la cubría, saltó al pavimento, dió luz á la lámpara, y miróse al espejo... Una sonrisa bañó sus labios. Sus ojos chispearon con aquella mirada dulce y altiva que los tornaba seductores.

No, el sueño había sido nada más que un sueño. Todavía era bella, divinamente bella, con su aire provocativo de cortesana desnuda.

VIII

Antofñita rió estrepitosamente. Por entre la blusa abierta, su cuello blanco, de finetez, se estremecía al dar paso á la carcajada argentina que brotaba de los labios.

—Pero, Lena, ¿quién te ha dicho que el trabajo es cursi? Tan guapa y bonita, ó más quizá, es aquella muchacha que gana el pan, que la niña que se está en casa sin hacer nada.

Lena movió la cabeza, haciendo un mohín de enojo con su boquita sensual. Sus ojos oscuros brillaron como si una llamada de sorda irritación los iluminara. Luego, inclinando la frente y arrellanándose en la esvencijada silla, murmuró: